

del tiempo pasado. Vence el amor sobre el paso de los días; todo lo embellece, aun el destartado y triste cuarto, la alegría y la juventud que perduran en el recuerdo.

Hay dos poemas en *Elegías* que me parecen excepcionales y que vendrían a representar la conclusión de este poemario en sus dos dimensiones principales: sentimiento de la mutación de la naturaleza («De las cosas del campo») y autenticidad de la vida del poeta («Reincidencias»). Es el primero la culminación del prodigio de claridad interpretada por el hombre de hoy y que nos revela, definitivamente, a Sánchez Rosillo como el gran contemplativo que es, mientras en el segundo se manifiesta su verdad como poeta y su fidelidad a un credo por sí mismo establecido. Frente a la burda ficción de nuestro mundo —de la elegía pasa el poeta momentáneamente a la sátira—, la autenticidad de las cosas y de las viejas costumbres triunfa detonada por la verdad de «una tarde de lluvia, / un libro, unas palabras / que alguien dice al pasar, / una música, un rostro / la soledad de un árbol, / la luna que recorre / muy lentamente el cielo / de una noche de julio.» Estamos ante la consagración de la belleza, de la soledad, de la paz, de la naturaleza y de la vida, con sus cosas, como aquellas «cosas del campo» que constituyen un nuevo *locus amoenus* después de una tarde de lluvia: «...En lontananza / se oyó el latir de un can / y las esquilas / lentas de algún rebaño. Olía el aire / a tomillo y romero. Persiguiéndose, / volaban por el cielo atardecido / dos palomas torcaes.»

Se constituye *Elegías* así en un libro unitario concebido como tal y presidido por una fuerte cohesión entre todos sus poemas que se conforman como variaciones sobre un mismo tema central a que nos hemos referido. Hasta tal punto es notable esa cohesión que la variedad formal constante en la obra apenas se percibe debido a la insistencia en algunas unidades permanentes como el noble y suave endecasílabo. Incluso, cuando llega este verso a cristalizar en perfectas octavas reales («Hortus rhetoricae») no se interrumpe la tan personal andadura del inconfundible estilo de Sánchez Rosillo. Del mismo modo, la extensión o longitud de los poemas, que van desde breves evocaciones (que no gráciles poemillas) hasta extensas reflexiones, responde a una misma

permanente adecuación de la frase al verso sosegado y natural. Todo, claro está, muy apropiado para expresar la poesía de quien, como se lee en «Epitafio» «amara mucho / la hermosura del mundo: los árboles, los libros, / la música, el verano, las muchachas».

1 *Maneras de estar solo*, Adonáis, Rialp, Madrid, 1978.

2 *Páginas de un diario*, El Bardo, Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1981.

3 *Elegías*, Biblioteca de Autores Españoles, Trieste, Madrid, 1984.

4 «La poesía de Sánchez Rosillo: redescubrimiento de la claridad», *La Verdad*, 14 junio 1981. También en *Literatura de Murcia*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1984.

Francisco Javier Díez de Revenga

MONOLOGO SOBRE EL TIEMPO, LA POESIA Y LA MUERTE

(Tosigo Ardento, José María Álvarez, Begar Ediciones, Málaga 1985)

Encarnar la elegancia de un legítimo y posible decadentismo (*mientras la luna pasa / y ves desvanecerse la belleza*) lúcido, culto y veraz; sin renunciar a esas pompas exteriores que profanan ojos a menudo suelen confundir con el cartón piedra o la «pose» (*Contemplas / en la luz del crepúsculo / fachadas serenísimas, ves sobre la Dogana / apagarse el oro*), y asumir todo ello en un contexto de modernidad referencial (*Y años / después, en un pueblo pequeño / de EE.UU. un exsoldado / entra / en un snack, lleva dos rifles, una / pistola, empieza / a disparar contra la gente, no / selecciona, mata / ...*), personal y profunda, son, fundamentalmente, los cumplidos y nobles objetivos que la aventura de José María Álvarez se ha propuesto en *Tosigo Ardento*, y que ha logrado incluso desde la elección del mismo título; porque tal es la sensación que la lectura de dicho poemario causa ciertamente, la de un veneno ardoroso que puede no ser letal, pero que nos determina una adicción irreparable.

Su verso libre, urdido en la concisión anglosajona de evadirse de los excesivos nexos gramaticales del español (*Mientras / los palacios se borran, el agua / pudre los cimientos, las piedras cubiertas / de verdín*), consi-

que la exuberancia plástica de los mejores barrocos, aunque con otras armas (*Y pasan automóviles / bellísimos damas / de poderosas / miradas*). Otras veces, se logra con el salto elíptico de la expresión narrativa, cuando el verso vuela libre en el cielo del alma del lector adicto, para caer de nuevo —reconocido lo ya sobrevolado— en las páginas de este bello libro (*has visto el tiempo en las aguas. / Y lo que amabas, lo que respetabas, flota / cómo desperdicios en el oleaje*). Libro cuyo acabado editorial constituye toda una lección de grata presencia y cuidado aspecto, a tono con su contenido. Hoy, en el tiempo de las ligerezas tipográficas, deleznablez de encuadernación, y portadismo cutre, tal pormenor no es, ciertamente, asunto baladí.

No es accidental en este tipo de poesía la ubicación del ensueño lírico objeto del poema. Los balnearios de Lo Pagán, la Piazza, los muelles de Nueva York... todos los lugares que desfilan por estos versos, como en el endecasílabo de *Quevedo*, no son sino recuerdo de la muerte. Esa muerte que en palabras de *Virgilio*, escritas por *Hermann Broch*¹, sólo puede ser conocida por medio de la muerte. O, como escribe *Borges*²: «Todo poema, con el tiempo, es una elegía», y *García Lorca*³: «El duende no llega si no ve posibilidad de muerte». Álvarez, sabedor y aun muñidor de esta fecundísima dilogía poética oferta en *Tosigo Ardento* la actualización, muy personalizada, de ese eterno mensaje.

Pero sobre la muerte, hay esa otra forma de muerte que a diario nos acompaña: el recuerdo, la veta más auténtica del mejor verso actual; y legitimado además, por unas formas exteriores de narratividad extensa, expuestas con hilación de monólogo, muy efectivas. Los hechos pasados, los recuerdos, dan razón de un tiempo existencializado, verdadero, no abstracto; y por ello se ven ascendidos a la categoría de tono poético, conformando un ayuntamiento de granada certidumbre para el lector. Son como certificados de veracidad de exactitud. Son aquel coche negro de la abuela, aquella lectura de *Plutarco*, aquella colina de Sicilia...

Santiago Delgado

1 «La muerte de Virgilio», Alianza Tres, Madrid 1979, pág. 320.

2 «Los Conjurados», Alianza Tres, Madrid 1985, pág. 63.

3 «Prosa», Alianza Editorial LB Madrid, 1972, pág. 184.